

El Posconflicto: dos miradas sobre un mismo asunto

Ximena Guerrero*
Johana Castañeda Ramírez**
Universidad Libre

RESUMEN

Dos miradas sobre un mismo asunto gira alrededor de la observación dada a los desarrollos que hasta hoy se han llevado a cabo en relación con el ambicioso y anhelado proyecto de llevar a Colombia fuera del perenne contexto de una guerra innecesaria que ha permeado por más de cincuenta años todo el territorio. Se analizan la proyección- alcance del fin del conflicto y, a su vez, se precisa el papel que debe jugar la Educación en la formación de las generaciones del posacuerdo. La primera mirada corresponde a la lectura de Ximena; la segunda, Johana.

Palabras clave: Posconflicto, ciudadanía, reintegración, Educación, reconciliación, justicia, paz, Colombia.

ABSTRACT

Two approaches on the same theme talks about the observation given the developments that up to day have been seing in relation with the ambitious and well-wanted project to take Colombia out of the perennial context of an unnecessary war that has permeated for

* Estudiante de la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Libre, Sede Bosque Popular. Programa Licenciatura en Humanidades e Idiomas, octavo semestre. Correo electrónico: dianajguerrero@unilibrebog.edu.co

** Estudiante de la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Libre, sede Bosque Popular. Licenciatura en Humanidades e Idiomas, octavo semestre. Correo electrónico: ljcastaneda1@outlook.com

more than fifty years all over its territory. The projection-domain of the end of the conflict is analyzing as well as the role Education must play in the rearing of the postconflict generations. Ximena made the first approach and Johana made the second one.

Key words: Postconflict, citizenship, reintegration, Education, reconciliation, justice, peace, Colombia.

¿Es el posacuerdo el final de la guerra?

La paz no es únicamente la ausencia de guerra o violencia, sino el fortalecimiento de los aspectos positivos que la edifican, como son la armonía, la cohesión, la colaboración y la integración.

Johan Galtung

Actualmente se habla de posconflicto, entendido como: “una oportunidad excepcional de cambio... (cultural, político, económico, social y ambiental) que nos ofrece la historia para corregir en forma pacífica y sensata los grandes defectos y fallas extremas de nuestra sociedad, estado y mercado que se han acumulado por décadas sin solución” (Morales, 2015, p. 4). Sin embargo, son muchos los factores que intervienen e imposibilitan el avance hacia la búsqueda de una sociedad solidaria y equitativa. Se cuestiona entonces, la competencia para liderar procesos y acciones que resuelvan los problemas de la economía, la política y la administración del Estado. Frente a todo esto, es necesario -una vez se llegue

a un acuerdo- pensar en la solución a los problemas que aquejan a la población en general y que se hacen evidentes en la inequitativa distribución de bienes, el incorrecto direccionamiento de los presupuestos y la escasa y a veces nula prestación de los servicios vitales.

Los acuerdos deben ir a las raíces mismas del problema social y político con el fin de desactivar los factores que reproducen la violencia, construir mejores condiciones destinadas a la convivencia democrática y mayores oportunidades para la superación de la pobreza y solidificar la cultura del manejo del conflicto por vías civilistas.

La llegada a la presidencia de Juan Manuel Santos, produjo en principio una postura distinta con respecto a su antecesor, pues, se pasó de la “Seguridad Democrática” (producto de una aversión de la ciudadanía a la política misma que se conoce como antipolítica)¹ a la “Prosperidad Democrática” como efecto de la nueva estructura política del país, se da paso a una serie de cambios estratégicos en la forma de gobernar y ejercer la democracia, en virtud de los patrones jurídicos y

¹ “La antipolítica da pie al populismo y al nacionalismo, peligrosos fenómenos ambos y susceptibles de las más devastadoras desviaciones. Suele ser el prelude de regímenes tiránicos y autoritarios (...) Comienza con un rechazo a la política (“la política es algo sucio”) y, a través de la exaltación de figuras carismáticas, capaces de atraer la atención y el cariño de las masas, termina justificando la dictadura del hombre fuerte, el único que puede asumir la hercúlea labor de corregir las cosas. Siempre hay un hombre providencial dispuesto a intervenir cuando la relación entre el Estado y los ciudadanos está suficientemente deteriorada” (Bauman, 2016, p. 74).

constitucionales y en su Plan Nacional de Desarrollo (2014-2018) “Todos por un Nuevo País” toma como pilares la Paz, la Equidad y la Educación. Además, reconoce la existencia del conflicto armado, contrario al anterior mandato que solo lo consideraba una amenaza terrorista.

La agenda establecida en La Habana comprende: la política agraria, la participación política, el fin del conflicto, las drogas ilícitas y la reparación a las víctimas (Revéiz, 2015), bajo la premisa de “nada está acordado hasta que todo esté acordado”. No obstante, acciones represivas se han levantado con el propósito de ver colapsar lo hasta ahora trabajado en pro del acuerdo: secuestros y ataques violentos, considerados como actos de provocación que cuestionan la integralidad del proceso de paz. No obstante, es vital recordar que se negocia en medio de la guerra.

La revista *Semana* en su edición número 1765 de 28 de febrero de 2016 planteaba los siguientes interrogantes: ¿Está Colombia condenada a mantener un conflicto armado después de la firma de los acuerdos de la Habana? ¿Qué implicaciones tiene para el país? Se presume que se acaba el conflicto y si el ELN sigue en armas, ello se convertirá en un problema de orden público, pero no necesariamente la guerra.

¿Qué significa que los guerrilleros del ELN sigan en armas?

El escenario se dificulta y puede pasar lo siguiente:

- Los proyectos del campo tropezarán con la acción militar y política del ELN repercutiendo en las llamadas zonas de “reserva campesina”.
- En los sitios donde tienen amplia presencia afectará a la gente que allí reside y no se oculta la preocupación por la matanza de simpatizantes y desmovilizados de las FARC-EP.

- Este hecho se puede convertir en pretexto para mantener el Ejército en pie de combate, aunque no haya propiamente una guerra.

- En el contexto económico se seguirá atacando la infraestructura petrolera en donde son expertos en el sabotaje y la extorsión.

Empero, no se puede agotar ni la paciencia ni la voluntad ni el tiempo para persistir en los acuerdos con este grupo insurgente, dado que el país debe pagar por ello un elevado costo social.

El posconflicto, en palabras de Rubén Darío Utría (2015), implica una reingeniería a fondo de la nación, porque se trata de la reconstrucción y reorientación de sus estructuras políticas, económicas, sociales, territoriales, geopolíticas. Y el punto de partida debería ser la construcción de una nueva sociedad, empeñada en el desarrollo humano y social, integrada por sujetos políticos que tomen decisiones en ambientes públicos de manera autónoma y transformadora. Una sociedad que decida responsablemente por el “querer ser” y el “querer hacer” de la persona a pesar de la presión social, mediática y consumista que ha traído la globalización; tomando como pretexto esta oportunidad para construir cultura e identidad colectiva y transformar espacios que benefician la transición de la reintegración y reconciliación a una educación para la paz.

El posconflicto será lo que de él se espera, de manera que y según lo indica Pineda Rivera “convoque a las diversas organizaciones de la sociedad civil, y estas lo hacen posible generando empleo productivo, abriendo nuevas oportunidades educativas y, en general, ayudando a resolver los problemas de infraestructura y convivencia que han determinado el subdesarrollo y el bajo nivel cultural de muchos de los colombianos”. (Pineda Rivera, 2015, p. 13). Con este fin, se deben precisar algunos objetivos:

- Construir nación en donde los colombianos, más allá de sus diferencias sean participantes con interés, saber, sensibilidad política y cultural en busca del respeto y la paz común.
- Invertir en políticas públicas diseñando así una regulación colectiva y activa, generando trabajos productivos y estables.
- Incentivar a la participación e integración de sectores tradicionalmente excluidos, a la formación política y educativa con el fin de guiar hacia un desarrollo cultural competente e inteligente.
- Ilustrar el camino del perdón y la reconciliación como un equilibrio entre la justicia y la reparación para edificar en la convivencia, en la construcción

de memoria histórica y en autonomía para la resolución de conflictos.

- Disponer de espacios abiertos al diálogo y al consenso incentivados por los medios de comunicación con un sentido ético y unificado; inversión en infraestructura para el avance de las regiones más rezagadas del país potenciando así la cohesión social.

Todo proceso de cambio y reconstrucción conlleva ciertas limitaciones. Se parte del sinnúmero de posturas y posiciones que se presentan en los actuales momentos, donde prevalecen situaciones que se oponen radicalmente a cómo hasta ahora se ha llevado el proceso, porque según ellos, el camino a seguir no es el que se ha transitado, dado que consideran que el grupo insurgente ha direccionado a su favor los acuerdos de La Habana. Si bien es cierto que ‘nunca se consigue todo lo que se quiere’, este paso dado significa visualizar una Colombia libre ejerciendo sus derechos sin el uso de la violencia; una sociedad que se reinventa bajo el ejercicio de la inclusión y la democracia que practica. “Estas aproximaciones a la idea del éxito me llevan a pensar en lo que ahora nos llena de esperanza a muchos colombianos: la posibilidad de pactar la paz. ¿Preferimos seguir matándonos en guerra perpetua -como quieren tantos sectores recalcitrantes- a un pacto necesariamente imperfecto, con fisuras, pero que será el comienzo de un país distinto o por lo menos su intento?” (Bonnett, 2016, p. 52).

El desafío de la paz en Colombia: La Educación

El gran desafío del gobierno colombiano no es la creación de espacios de diálogo donde se concreten acuerdos que no sobrepasan la realidad inmediata de los 47 millones de colombianos, distribuidos en más de un millón de km² de área terrestre (55.15% del área total). El gran desafío del

gobierno radica en mostrar a todos los ciudadanos, con hechos y cifras reales, para qué sirve la paz. En otras palabras, se necesitan cambios para generar conceptos optimistas acerca del proceso que pone fin al conflicto interno armado en Colombia: el más largo del mundo.

Es preciso advertir, que desde el 4 de septiembre de 2012, fecha en la que el presidente Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia–Ejército del Pueblo (FARC-EP) anuncian la firma en La Habana del **Acuerdo General para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera**, el (de antaño) conflicto de intereses económico-político de la extrema derecha dio un grito de desesperanza. En este “pequeño” sector de la sociedad no hay espacio para la paz; es decir, para el desarme, el perdón, la reforma a la justicia, la reparación social y la reinserción a la vida civil.

Si bien, como lo afirma el profesor Pineda Rivera¹, el posconflicto debe estar liderado por el Estado y no por el gobierno de turno (Pineda Rivera, 2015), la paz fue el pasaporte que le valió la reelección a Juan Manuel Santos, dicho por su estrategia de campaña Ángel Becassino (Becassino, 2015), con lo que aparentemente queda claro que el actual proceso de paz tiene nombre propio. Este hecho es el que debilita un escenario de paz en Colombia, pues para garantizar un país en posconflicto no necesitamos una perpetuación del poder ejecutivo. Pero entonces, ¿cómo creer, como colombiano, que la paz será estable y duradera? Las respuestas a esta pregunta deben convocar diversas opiniones, desde variadas perspectivas, pues la paz en Colombia es proporcional a la guerra y esta última se ha manifestado de múltiples maneras en cada territorio, haciendo presencia en unas regiones más que en otras, a conveniencia de las ganancias privadas. Por

ese mismo hecho, el conflicto en el Urabá antioqueño no es de la misma dimensión que en un pueblo del occidente de Boyacá u otro de la Sabana de Bogotá; así como en los departamentos del Chocó o la Guajira no tienen condiciones de habitabilidad garantizada para toda la población por la ausencia de políticas públicas efectivas y descentralización económica libres de corrupción.

Por lo anterior, es necesario un reordenamiento territorial donde haya presencia del Estado con políticas públicas y de participación ciudadana que lleguen a todos los departamentos, corregimientos y municipios del país, garantizará una alineación, donde no sólo en el centro sino en toda la periferia haya equidad, participación social y vitalidad de los derechos humanos (Revéiz, 2015). En este punto, el Plan Nacional de Desarrollo 2014–2018 tiene un pilar fundamental: la educación. La ley 1753 del 9 de julio de 2015 da cuenta de las metas fijadas por el gobierno ‘*Todos por un Nuevo País*’, donde se plantea la educación como factor que ayudará a la construcción de la paz y la equidad. Sin embargo, no es justamente al Congreso o al presidente de la República a quienes les corresponde la construcción de una educación que sirva para el posconflicto, para vivir los tiempos sin muertes políticas. Es a nosotros, miembros de la academia y futuros educadores, a quienes se nos debe confiar el idear políticas y proyectos

¹ El Dr. Diego Antonio Pineda Rivera es Profesor Titular y Decano de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana.

que cambien la misión y la visión de la educación en Colombia.

Se necesita una educación que, articulada con la política prospectiva, remueva los factores generadores del conflicto, reconstruya la política pública, la institucionalidad, lo material, lo humano y lo social. Además, que dé solución a los problemas no resueltos de la nación. Se necesitan ciudadanos que crean en la paz, más hombres como Rubén Darío Utría, quien propone la anterior reconstrucción de la nación en época de posconflicto y menos compatriotas con exceso de liderazgo político destructivo (Utría, 2015).

Es la escuela la manera más sana de congregar y generar seres-colombianos de pensamiento divergente. Acabar con la tendencia de un país que lidera los índices de mayor desigualdad en el mundo, como también los más bajos en cobertura y calidad de educación. No es de extrañar que Colombia se encuentre entre los diez países más desiguales del mundo y el primero en Sudamérica. Así pues, es un logro, o mejor un buen inicio, ver a la educación como pilar en la construcción de territorios en paz. Aún más, lo consignado en el capítulo cuarto del PND 2014-2018 'Colombia la más Educada', que tiene por macro-objetivo hacer de Colombia el país más educado en Latinoamérica para el 2025, deja ver un cambio de paradigma para el sistema

educativo, pues declara que se educará, para la convivencia y el conocimiento.

Ahora bien, los índices, los acuerdos mundiales y el presupuesto del PIB destinado para la educación no dejan ver que los objetivos consignados sean precisamente los que se persiguen. La participación del Estado con políticas públicas transversales para la educación es urgente, pero si hablamos de paz divergente es preciso saber que la urgencia de un lugar como la Guajira no es precisamente la educación sino tener agua y alimentos. Por lo anterior, la escuela/academia del posconflicto debe advertir que la paz propende, a través de la educación, el garantizar los derechos constitucionales de 1991; pero la real-educación debe ser aquella que sea humana, que atienda las necesidades vitales del individuo y la sociedad; luego de esto sí tiene sentido educar para la economía, la tecnología y la investigación. No se puede seguir pensando en ser el país más educado de la región si hay niños que mueren por desnutrición o deshidratación al lado de un río (El Ranchería) que fue desviado para utilizar sus aguas para trabajos de mega minería (Cerrejón).

En última instancia, el PND en cuestión de educación tiene metas muy claras y propuestas muy sólidas. Educar para la paz y para crear ciudadanos críticos, participativos, capaces de trabajar por la economía, la investigación, la tecnología. El desarrollo de una nación que surge de las cenizas de la guerra, plantea estar a la altura de las naciones que enfrentan una serie de retos comunes, pues en

la globalización todos los niveles demandan un capital humano informado, innovador, crítico, flexible, con el dominio de más de un idioma, y con la oportunidad, disposición y capacidad de aprender a lo largo de la vida. Los procesos de transformación económica y social, el cambio climático, y las crisis financieras y humanitarias requieren individuos capaces de manejar el riesgo, con

una sólida conciencia ambiental que les permita una apropiada interacción con su entorno, como sujetos activos del proceso de desarrollo humano sostenible (Plan Nacional de Desarrollo 2014-2018, 2015, p. 72).

En conclusión, las iniciativas para la construcción de la paz deben distinguir lo urgente de lo importante y para ello las políticas deben sustentarse en los problemas, seguido de situar a la educación como la macro estrategia que de manera transversal llegará a todas las regiones del país. Cuando nos referimos a la educación como pilar del posconflicto, lo hablamos desde la disponibilidad de recursos físicos hasta la formación y valoración del docente como agente guía para entender y vivir el posconflicto. Deberá ser una educación que fortalezca la identidad cultural y la democracia; una educación que termine con la utopía de una nación educada, en paz y equitativa, porque esta es una nación a pesar de sí misma, según las palabras del historiador norteamericano David Bushnell.

Referencias

- Bauman, Z. y. (2016). *Estado de Crisis*. Bogotá: Paidós.
- Becassino, Á. (2015). *El laberinto de la paz*. Bogotá: Ediciones B.
- Bonnett, P. (13 de Marzo de 2016). La brecha que mueve al mundo. *Diario El Espectador*, p. 52.
- Cruz Rodríguez, E. (2016). *Fuerza pública, negociaciones de paz y posacuerdo en Colombia*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Galtung, J. (2003). *Paz por medios pacíficos: paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Bilbao: Bakeaz.
- Morales N, J. (2015). *¿Qué es el Posconflicto? Colombia después de la guerra*. Bogotá: Ediciones B.
- Pineda Rivera, D. (2015). El posconflicto: una ocasión propicia para construir un propósito nacional. *Revista Universidad Javeriana* (811), 12-14.
- Plan Nacional de Desarrollo 2014-2018. (2015). "Todos por un nuevo país". Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.
- Revéiz, E. y. (2015). *El Posconflicto: una mirada desde la academia*. Bogotá: Colección controversia, Academia Colombiana de Ciencias Económicas.
- Revista Semana. (Febrero 28–Marzo 6 de 2016). La Paz sin el ELN. ¿Qué tan grave es para Colombia firmar la paz con las Farc y seguir en conflicto con el ELN? *SEMANA*, Volúmen 1765.
- Utría, R. D. (2015). *Posconflicto, reconstrucción nacional y desarrollo humano*. Tomado de: *El Posconflicto: una mirada desde la academia*.